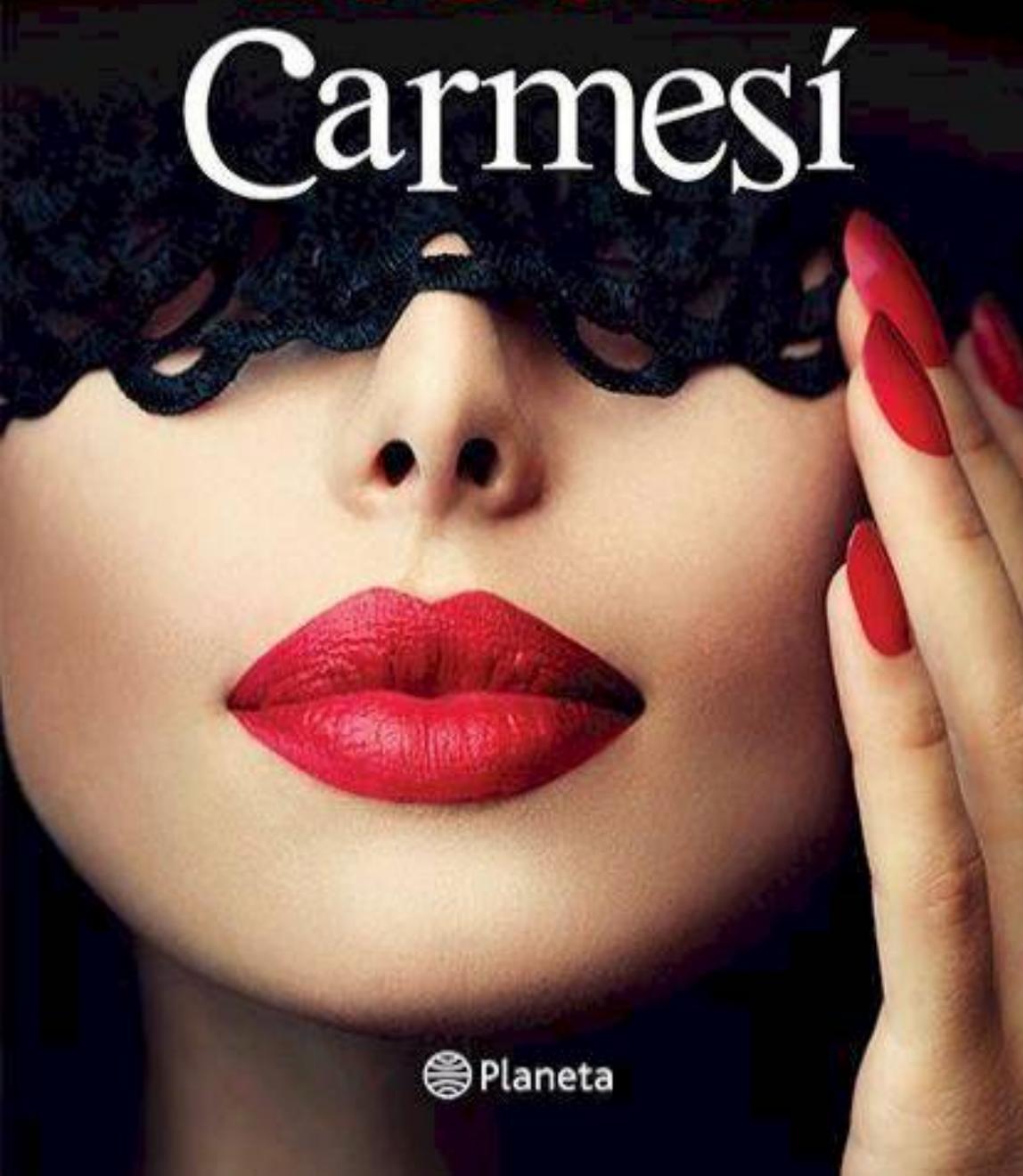


CARLA BASETI

ROJO Carmesí



 Planeta

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103

Acerca del autor
Créditos

El erotismo es una de las bases del conocimiento de uno mismo, tan indispensable como la poesía.

ANAÏS NIN

1

La mujer cuando gime hace una voz distinta. No se la oye en el supermercado, en las tareas de la casa, en las conversaciones amigas, en la oficina, en el parque tapado de gritos ni en la sobremesa de los días. Es una colocación, un jadeo enajenado, un sonido en cadena, un aullido estomacal único. Fuera de su cuerpo nadie le escucha esa voz, sólo su amante lacrado al acostarse entre sus muslos como quien se estira sobre dos asientos de un balcón movedizo. Tal vez la vida de un hombre valga el esfuerzo por la breve recompensa de presenciar este romper de mares. Ahora, que no se descuide la habilidad de ayudarla a escalar hasta besarle los callos a dios; se trabaja para que devuelva su voz. Uno, en cambio, calla, porque los varones no sabemos entonar un lenguaje sutil. Nuestras gargantas abrazan el éxtasis del mismo grueso modo que gritan un gol delante de un televisor como bárbaras aficionadas. En mi caso de rudimentaria sangre, el placer no reside tanto en mi goce como en el de oírlas a ellas gozar. Es casi inconfesable dicha alegría, indescriptible.

Pero, ¿cuándo, cómo, dónde y de qué manera visitar los enigmas resonantes de una fémmina? No hay hembra, por común que se vea, que al ser llenada no cruja su melodía de forma especial, original hasta en el silencio, ni hay la que no atesore alguna belleza. Por el sólo don de poder dar vida, uno las admira y muere por tocarlas. Benditas damas que nos dejan salir de sus entrañas al parirnos, para más tarde permitirnos reingresar por idéntico lugar. Vida y

goce nos dan, dos circunstancias en que nos obsequian la luz a través de la usina de sus sexos incandescentes. Son más generosas que nosotros. A todas las adoro y las huelo igual que a un racimo de insurgentes orquídeas que germinan en la palma de mi mano echando raíces en mis dedos y elevando mi lujuria hacia un sol de liquidez. Así es para mí. Ni respirar tendría sentido sin el sueño recurrente de amarlas.

Luego están las que cobran por sexo con derecho a tragar comida, aunque a mí no me atraen, soy sincero; ninguna farsa de fingida amante me calienta. Que vivan éstas si quieren, siempre y cuando no me quieran nada. A mí me excitan las putas reprimidas, las gratuitas y oficiosas, las que simulan al revés, quienes se hacen que no son y son corcoveando por el júbilo de andar; esas domésticas señoras atadas que cuando se desatan, abren el grifo de sus fantasías y encharcan el mundo.

El macho es otra cosa. La vigilia del depredador apunta a estar justo ahí, en el preciso minuto en que las chicas resultan hembras furtivas y ya no damas. No soy un macho sino un hombre impulsivo de salvaje miel que si bien no suele pedir permiso, sabe pedir perdón. Solicitan permiso los cobardes, y no es mi estilo. Porque en toda mujer resopla una ramera como cepa de un virus dormido que late a la espera de desperezarse las células. La piel bosteza y se marchita cuando no se la riega, se apena. No sólo lo digo yo, también lo comentan ellas con la boca tímida, secreta, leve, con la misma boca que rugen. Es el idioma sensorial de sus largas venas subyugando al acecho, es un ejercicio diario de las hormonas que tumban a las neuronas por un momento cuando se hacen cargo de los poros hasta que el delirio se encauza en los rieles trágicos de la razón recorriendo su estatus álgido y hogareño. Pero siempre en el fondo son todas callejeras que fermentan anhelando una gran introducción. Yo les entreveo el hambre en los ojos, las detecto y las calculo, y las apreso en mi celda de barrotes óseos que aprietan. Sofocadas, recién allí recuperan el aire.

Jamás me detuve a pensar en que mi madre lo hizo con mi padre para que un poeta naciera. Ella, para mí, no tuvo sexo, no fue hembra ni puta. Sin embargo presiento a veces que al entrar en una mujer, la que sea, retorno al vientre donde viví los mejores meses de mi vida. Cosas raras que uno siente, asuntos que no se entienden y se presagian. ¿Qué carajo tendría que ver mi mamá con el deseo constante de hospedarme en medio de las ingles de cualquiera?

Debí estudiar psicología para saber más de mi propia psiquis. No lo hice, no pisé la universidad porque ninguna te convierte en poeta. Terminé el colegio secundario haciendo esos hasta tomar la decisión de escribir versos y nada más, aunque el nada más nunca sea veraz; para llegar al pan, debe hacerse algo más que poesía. Que vayan a la universidad los que ambicionan ser alguien flameando un diploma, pensé. Yo he sido alguien, y lo he sido sin la menor necesidad de tener. O dicho con otras palabras, para ser, a los seres humanos debería alcanzarnos un corazón que cañonee su plasma y una mente que dispare sus sueños; ese tener sería suficiente tenencia.

Dictaba yo un taller literario en mi pequeña casa de dos dormitorios flacos donde residía solo. No había convivido con nadie desde que mi madre falleciera hacía años. Con el correr de las auroras y aunque jamás edité un libro, fui aprendiendo desde la adolescencia a dibujar poemas y a enseñar a escribirlos después. De este modo junté algunas alumnas adultas que cada sábado a las diez de la mañana llegaban a mi vivienda a que les impartiera una lección. Haber publicado versos durante un tiempo en el viejo periódico cultural de mi barrio que salía quincenalmente, fue arriándome alumnas, sí, todas mujeres, las prefería. Mi poesía erótica, simplona y honda, las atraía, y dos horas de taller grupal por semana me ayudaban a subsistir. Si uno no tuviera que comer, podría hacer sólo poesía y no tener que disfrazarse de profesor. Es absurdo educar discípulos como

si alguien supiera más que los demás. Sin embargo ellas con el pago de sus cuotas también me sostenían. Hemisferio derecho, éste era el nombre que le di a mi taller.

Por otra parte, cada día subía a mi coche color verde aceituna y prácticamente nuevo que transformé, tras adquirir la licencia, en remís,* algo así como un taxi de lujo sin reloj ni señales visibles que delatasen mi servicio de transportista. Con él trabajaba unas siete horas diarias de lunes a viernes llevando y trayendo gente al aeropuerto internacional, a veces al de vuelos de cabotaje o a diferentes destinos de la ciudad. Mi vehículo lustroso y yo, tras la firma de un convenio, estábamos adheridos a una gran agencia de remises. No obstante, vivía estacionado junto con otros coches y choferes frente a un hotel de cuatro estrellas que también me tenía de remisero. De la agencia y del hotel dependía mi trabajo. Allí aguardábamos a que la compañera radio operadora, a quien apodábamos Morenita debido a su tez, nos ordenara un servicio. Era más segura esta manera de pertenecer a una organización y un hotel que callejear a la caza de pasajeros como un anárquico y popular taxista. Entre el taller sabatino de poesía que dictaba y la chofereada, me las rebuscaba. ¿Para qué más que el día a día?, si de a un día por vez se vive.

Los lunes empezaba la semana como de costumbre, con ganas de habituarme a las fauces de una rutina laboral que me salvara del hastío dominguero. El lunes era mi día predilecto y no el viernes como era para la mayoría; raro pero real, que haragán nunca he sido. Usualmente ocupaba mis mañanas en trotar por el parque que estaba cerca de casa. Sobre las once regresaba, me bañaba y ¡zas!, a escribir poesía, malas y buenas alegorías que cual dosis divina me colmaban. Luego cocinaba mi almuerzo de soltero hombre solitario. Después me rascaba los omóplatos contra el marco de alguna puerta y a dormir la siesta como nadie la duerme en esta ciudad de vigiliás. Ya a las cinco de la tarde me apostaba al frente del hotel desde donde iba y volvía sentado en mi coche hasta las doce.

Precisamente un lunes de invierno a eso de las ocho de la noche, cuando la oscuridad había ganado las arterias, desde la agencia fui llamado por el radio para que me dirigiera a un domicilio particular, suntuosa casa, a brindar un servicio. Llegué, frené sobre la fachada de ésta sin detener el motor, hice sonar el claxon y enseguida salió una mujer tan joven como yo que tenía treinta y nueve años. ¿O no se es joven al pisar los cuarenta? Ella estaba esperándome. Bajé a guardar su maleta en la cajuela y abrirle una de las puertas de atrás como un caballero, algo que siempre debe hacer un remisero para que no lo confundan con los taxistas que, además, a diferencia de nosotros, no utilizan saco y corbata como debemos hacerlo en nuestro servicio preferencial. Costamos más pero impresionamos mejor.

—Hola —me saludó.

—Buenas noches, señora —respondí.

—Al aeropuerto internacional —dijo, y arrancamos por la autopista con ese rumbo.

Durante el trayecto no pude dejar de mirarla por el espejo retrovisor de adentro. ¿Cómo explicarlo? No era una mujer muy bonita. Sin embargo, irradiaba cierto brillo sensual a través de su rostro de triangular simetría. Uno es un esteta finalmente, un poeta, y las formas cautivan tanto como los contenidos. Más allá de la ojiva promisoría de su nariz romana, parecía un ángel de curvas endiabladas. Llevaba un vestido de adiposa tela de invierno, un abrigo de piel encima y un bolso de evidente categoría. Su cabello castaño se esparcía liso por sus hombros de espalda ancha. Amo las espaldas anchas, también las axilas. Era más baja que yo que soy bastante alto. Su vestido hasta las rodillas colaboró para que le viera las piernas durante los pocos metros que caminé desde su portal al remís. El escote entreabierto inducía a prever unos senos menores. A su talla no se le veía ni un gramo de más ni de menos. Sus labios, sin darse cuenta, mordían mis ojos en la tremenda imaginación que yo llevaba. Los ojos de ella, por su parte, se distinguían bajo una persiana de escasas pestañas que le sobredimensionaban los iris. Su cara era hermosa por sectores, no así en

su generalidad. Pellejo trigueño haciendo juego con el pelo, orejas exactas, cejas cuidadas de glamorosa detallista, cuello como una tentación, fino espécimen veinteañero que este aún treintañero remisero trasladaría sin dejar de atisbarlo por el espejo interior; obviedad esta última, puesto que por el retrovisor de afuera sólo veía la calle. En ocasiones no parezco un escriba.

A mitad de camino en que nos dijimos mudeces, empezó mi ebullición. La sangre hierve como el agua en su alto punto y burbujea extraviando la razón. La sangre habla por la lengua, dice cosas excesivas cuando uno decide parafrasear, preguntar, responder y vociferar. La sangre licúa un diccionario de palabras irracionales que aspiran a una primera penetración, la de colarse por las orejas o por donde haya una abertura. Imprudente sangre, torrente de río inquieto que de repente desconoce la represa contenedora del pensamiento y rebasa, y ya no recapacita, sólo presume impulsos. La sangre, una loca ingobernable que gobierna al hombre que late. No quieran saber.

2

—Jefa, acaba de ingresar a la comisaría otra mujer golpeada por una bestia. Ayer fueron unos veinte casos, hoy vamos por casi diez.

—Quince de promedio diario, mi estimada agente Toluca, es mucha saña. Bien, tómeme su declaración, revisión médica, fotos y contención psicológica de la especialista. Veremos qué dice el juez. Me tienen harta los varones que no son hombres. ¿En qué condiciones está la chica?

—Llegó mal, renqueando. Parece que el novio enloqueció de celos, le pateó las piernas y le dejó un ojo deshecho. Está algo rota.

—¡Hijo de la putísima madre! Vaya y haga su trabajo. Siempre lo mismo, todos los lunes explota la violencia de género de los fines de semana.

—Sí, es el peor día para esta comisaría.

—La gente debería echarse a dormir los domingos y amanecer recién el martes, ¿no? Así saltamos la sobrecarga de los lunes. ¿Y qué novedades tenemos del caso del jueves?

—Ninguna. Esa muchacha regresó el viernes y retiró la denuncia.

—Entonces que se joda. No podemos hacer nada por las que no se quieren a sí mismas, premisa clave. Es increíble, con tal de no cortar el vínculo familiar cuando las maltratan sus parejas o las abusan sus parientes, algunas lo perdonan todo. ¿Y qué se puede hacer por ellas si no ratifican las denuncias? Mire este esmalte fluorescente en mis uñas. Cada día inventan un pigmento nuevo. Me gusta. Queda extravagante en las manos de una policía.

—Y las tiene largas, jefa.

—Igual las tendrá usted, Tolosa, cuando deje de comérselas.

—Sí, pero será cuando nos paguen mejores sueldos, porque cuando haya más comida en mi mesa dejaré de masticarme las uñas.

—Ande, no se queje tanto que la lástima es una miseria. Ser policía va más allá del dinero, no olvide la vocación.

—Mi marido no piensa como usted. Me dice que pida la baja y busque un trabajo donde se gane mejor.

—¿Su marido? Debe ser otro mantenido como tantos. Dígale que se ponga él a trabajar en doble jornada y la ayude, en vez de presionarla.

—Es difícil encontrar más de un trabajo. La crisis...

—Sí, la crisis, los políticos son la crisis. Mi país un día va a ser serio.

—Algún día.

—O alguna noche en que nos revelemos y tomemos por asalto a este gobierno lleno de masculinos inútiles y corruptos.

—Usted es brava, jefa.

—¿Cómo no serlo? En esta comisaría de la mujer hay un solo enemigo y es el varón. Dirá que estoy revirada pero estoy convencida, que no es igual. Ya le conté que ni casa-

da quise tener hijos por si la mala suerte me hacía parir vástagos con huevos. Una sociedad de puras mujeres sería prodigiosa.

—Pero nos faltaría algo... A mí me gusta que me hagan el amor.

—Bah, tonterías. Un pene se reemplaza hasta con una hortaliza. Aguantar a un hombre veinticuatro horas a cambio de unos minutos de sexo, es un despropósito en el que salimos perdiendo nosotras. Intente imaginarlo todo sin hombres y verá qué paraíso sería.

—No nacerían más niños. Se acabaría la humanidad muy pronto.

—Por eso le digo que lo imagine. Sería irreal. Aunque imaginar es un derecho, ¿por qué no hacerlo? Si no fuera porque nos extinguiríamos, no nos harían falta los cabrones.

—Quizá podríamos sobrevivir. Antes de exterminarlos, deberíamos ordeñarlos y conservar el semen en frío para aquellas que deseen engendrar un bebé.

—Buena idea. También podríamos ser evacuadas hacia un planeta de color rosa, no a uno esférico sino con forma de alcaucil, donde el corazón se ampare en su centro.

—Oh, ciencia ficción, jefa... Ahora, hacer el amor es necesario. Me gusta hacerlo por placer, y éste sería otro problema si no estuvieran ellos.

—¿No ha probado copular con una hembra? La mujer lame a la mujer con más sabiduría que un sujeto. Ellos a veces no nos encuentran el clítoris ni con una lupa. ¡Idiotas inexpertos!

—Verdad. Aunque hay algunos que son hábiles, parecen aspiradoras. Supongo que cuando una mujer perdona a un hombre, como tantas femeninas que vemos llegar destrozadas a esta comisaría, es porque están bien atendidas por él. Mi esposo a mí me saca lo que quiera, siempre y cuando me bese ahí un buen rato. Me encanta su lengua.

—Lengua de anzuelo. La tiene enganchada con el sexo oral que le da.

—Sí, sin dudas.

—¿Lo hacen seguido?

—Eh, digamos que después de cinco años no es lo mismo que al principio. Pero cada dos o tres días, al despertarme en la mañana, me lame hasta dispararme un par de orgasmos.

—Ah, por eso lo quiere usted, mi estimada yegua, porque está bien correspondida.

—Por supuesto, ¿para qué más puede servir un zaino? ¡Jajaja!

—Sí, me agrada que lo emplee como un objeto de placer. Es la venganza de algunas con respecto a la mayoría que ha sido usada desde el principio de la especie. De este modo equilibramos la balanza. ¡Viva la lengua de los cavernícolas!, entonces.

—La lengua sin palabras, desde luego; lengua en silencio. Que no hablen, que sólo besen.

—¿Le cuento algo, agente Tolosa?

—Claro.

—Algo inconfesable pero delicioso.

—Sí, quiero oírlo, jefa.

—De los privilegios que tiene una subcomisaria a cargo de una seccional como ésta, en donde trabajamos varias femeninas y un par de masculinos, una ventaja es la de reducir a los varones a la servidumbre sexual. Sí, son apenas dos muchachos entre catorce muchachas, pero con uno de ellos basta para saciarse de vez en cuando.

—Es lo que también hacen con nosotras en otros trabajos.

—Y en éste, que con el asunto de respetar los rangos, por años han tratado de voltearme y logré resistirme, aunque todavía lo intentan. Así que, al cabo Miralles que llegó hace unos meses a esta comisaría, cada tanto lo llamo, cierro la puerta y lo hago arrodillarse entre mis piernas. ¡Chúpamela, maricón!, le digo, y él me la chupa.

—Uf, lo imagino y me excito.

—Tranquila. Cuando llegue a un escalafón más alto podrá abusar de los nuevos policías.

—Está flaquito ese cabo.